

FABIO FIALLO

POEMAS
DE LA
NIÑA QUE ESTÁ EN
EL CIELO.

EDITORIAL "LA NACION"
SANTO DOMINGO,
AÑO 1935



A

JUANA DE AMERICA....

LA SUAVE. LA EXQUISITA. LA INSUPERABLE

JUANA DE IBARBOUROU.

HOMENAJE.

FABIO FIALLO



33081-10

BNPHU
PD
RD863.3
F438p



27 MAYO 1976

BN
D861.3
F4380

BN
D861.3
F43

EL AUSENTE

Me voy, madre, en la hora;
cuando a la claridad de la mañana
busquen tus brazos al rapaz inquieto
bajo el tibio regazo de las sábanas.
te dirás: no está aquí!--Ya habré partido.

(Rabindronath Tagore).

Reg. No. 008021



1956
1957

1958
1959

1960



SE LLAMABA BELKÍS

¿Os acordáis de aquella dulce niña
que en la tierra llamábase Belkís,
y que al nacer ya trajo en su alba frente,
cual símbolo, una frágil flor de lis?

Era tan tierna y a la par tan linda,
que bastaba con verla caminar
para que riera el labio por sí solo
con risa de cariño paternal.

Entre los bancos de infantil escuela,
como Belkís ¿quién estudiosa fué?
¿Quién tan gentil al inventar un chiste?
¿Y quién tan dulce al prosternar su fé?

¿Y la vísteis jugar, suelto el cabello
que aromas daba al céfiro sutil,
mientras su faz dos chapas ostentaba,
pomas de Enero o rosas en Abril?

¡Qué risa tan jocunda era su risa!
¡Qué correr tan ligero el de su pie!
¡Qué malicia tan cómica en sus ojos!
Y en su malicia, cuánta candidez!

Tal fué Belkís: fugaz estrella errante,
el canto de una alondra, blanca flor....
Y al irse nos dejó por toda huella
un perfume, un arpegio y un fulgor.

CUMPLIDA HA SIDO....

El día tan doloroso para tí, mamacita, en que fui separada de tus brazos, mi viaje hasta la Suprema Gloria lo hice entre las alas de mi amoroso Angel Guardián, por lo que todo el trayecto lo recorrí en un dulcísimo éxtasis que no me dejó presumir tu desesperación de aquella hora.

Y como en el Cielo no se conoce la aflicción, de ahí que mi corazón tampoco después haya sentido pesar alguno, sino más bien regocijo, por todas las lágrimas que el hondo vacío de mi ausencia ha arrancado a tus dulces ojos, madre mía; porque esas lágrimas son la más pura ofrenda de tu alma al Señor; y han de servir para allanar y esclarecer tu camino de ascensión hasta el Trono

Omnipotente, a cuyos pies te espera tu hijita amada.

El Divino Redentor ha querido que así sea siempre; como una depuración terrenal del alma de las madres que un día han de venir al Reino de los Cielos para juntarse con los tiernos hijos de sus entrañas. En el Paraíso, sólo unos labios absolutamente purificados, pueden posarse en una frente inocente. Y para ejemplo de la santísima resignación que ha de exaltar aquel cruento dolor, sometido fue al máximo de sus martirios el corazón de la madre más pura que ha existido en la tierra: la inmaculada María de Nazaret.

Nuestro buen Dios sabe que tú sigues con inquebrantable devoción ese ejemplo, madre querida, y de ahí la íntima esperanza que abrigo de que un día, no lejano quizá, me será permitido bajar a la tierra para besar tus pálidas sienes doblegadas bajo el peso de mis recuerdos, mientras tus labios murmurarán la más humilde de tus oraciones:

“Cumplida ha sido en mí tu voluntad, Dios mío. Gracias te doy por ello. Amén!”

EL PECADO INOCENTE

¿Lo sabes tú, mamacita?

Cada mortal, al presentarse ante nuestro Juez Supremo, trae inscritas en la frente sus buenas y malas acciones de acuerdo con los preceptos de los Santos Mandamientos. Y como al llegar el turno de mi comparecencia, yo repasara en la mente mis pecados, recordé con espanto todas las mentiras que había dicho en mi breve paso por la vida: a ti, a mis maestras, a mis compañeras de escuela, a mis amiguitas de juegos y diversiones.... Y sentí que mi rostro se cubría de rubor, porque ya había presenciado cómo la mentira es fuente creadora de muchos otros vicios y pecados: el falso testimonio, la hipocresía, la calumnia, el perjurio, la

traición.... Sí; yo estaba encendida de vergüenza y agobiada de tèmores.

Y como era mi vieja costumbre en todo caso de apuro, desde el fondo de mi alma apelé a tu amor, para que también en aquel trance me ampararas y defendieras.

Mas, el Padre Eterno, al verme tan abochornada y tristecita, me sonrió y me besó en la frente, que yo creía tener cubierta de signos acusadores.

Entonces, toda confusa, prorrumpí:

—¿Cómo, Señor Dios, me besáis así?..
¿Acaso no reparásteis en mi frente las mentiras que dije durante mi corta existencia terrenal?

Y El, con una voz tan dulce y cariñosa que me hizo recordar la tuya, me contestó:

—Tus mentiras, niña querida, fueron risueñas travesuras infantiles sin pecado alguno; porque en ellas nunca hubo el propósito de encubrir un ruín engaño ni de perjudicar a otro sér.

Y mientras El hablaba así, su suave sonrisa penetraba en mi conciencia, ilum

nándola, como limpio rayito del amanecer que se deslizase en un escondido nidal de sombras.

Y yo, a mi vez, ref contenta y feliz, no sólo por sentirme liberada de mi pequeño fardo de mentiras, sino, también, al pensar que en tu alma, tan pura, jamás se abrigó la turbia falsía, ni, mucho menos, el inicuo propósito de hacerle daño a nadie. ¡Oh, mi dulce y buena mamacita!

YO QUISIERA SER....

Las dos amiguitas que esta mañana me acompañaban en mi paseo por la ancha avenida del cielo que los mortales llaman la Via Láctea, iniciaron su conversación así:

Dijo una de ellas:

—Si yo bajara a la tierra, quisiera ser el alegre rayito de sol que entra por la ventana en la Iglesia de mi pueblo y se prosterna a los pies del Señor para besárselos con santa devoción.

Y dijo la otra:

—Si yo bajara a la tierra, quisiera ser el limpio claror de la luna que se posa en el semblante afligido de nuestra Señora de los

Dolores, para cubrir su frente con la suave ternura de mis caricias.

A mi vez dije:

—Si yo bajara a la tierra....

Y callé, temerosa de que mis dos compañeras hallaran egoísta, y tal vez irreverente, mi anhelo íntimo.

Mas, ellas insistieron en saberlo y les confié:

—Pues bien; si yo bajara a la tierra, quisiera ser el ala oscura de la noche que llena de sombras la alcoba de la madre mía. Me echaría en el lecho donde ella descansa de sus afanes en la vida, para envolver su cuerpo por todas partes, y que así, bien abrigada en la suavidad de mi cariño, se rindiera a un dulce sueño en que me viera tal como me encuentro hoy, contenta y dichosa en la gloria del Señor, y que, con esta grata visión en los ojos, despertara al amanecer y fueran sus horas del día todas radiantes y felices.

Al oírme, mis dos amiguitas, lejos de reprochar mi anhelo, me estrecharon en sus brazos enternecidas.

roso, Melchor. El último, de la barba patriarcal, y blanca como hecha de un celaje, el buen Rey Gaspar.

Es éste el que se detiene ante el grupo que formamos mis compañeras de coro y yo.

Se acerca y con paternal benevolencia nos dice:

—¿Qué queréis os traiga de la tierra?

Y entonces fué el alborozado pedir de cada una de nosotras:

La primera quiso una estampita de la Virgen de su pueblo; la segunda, un retrato del hermanito que había dejado en los brazos de su nodriza; otra, una crucecita de plata que su mamá llevaba siempre en el cuello; la de más allá, flores del rosal sembrado por sus manos en el patio de su casa.

Y así, sucesivamente, cada cual hizo un pedido de acuerdo con sus deseos, largamente acariciados como cuando estaban en la vida terrenal.

Yo era la última en la fila. Cuando llegó mi turno, ya tenía mi solicitud bien preparada. Oh, sería la más preciosa de todas!

Pero, al ir a decirla me intimidé. Lo que yo deseaba con mayor anhelo, me pareció, de pronto, imposible de obtener.

Al notar mi vacilación, el buen Rey me animó de esta manera:

—Habla, querida niña, no tengas miedo; lo que pidas te será concedido.

—Una mirada de los dulces ojos de la madre mía, prorrumpí no sin alguna timidez.

—Queda contenta; tus deseos serán cumplidos.

Figúrate, madrecita, mi inmenso regocijo: Tendría una mirada tuya para alumbrarme hasta el corazón!

Y figúrate mi ansiedad durante muchas horas de la noche, mientras aguardaba el retorno de los tres viajeros.

—Al amanecer tendré una luminosa mirada de los ojos más lindos que hay en el mundo, me decía a mí misma.

Al fin me rindió el sueño. Pero, también en sueño acariciaba la promesa del buen Rey y le veía venir a mí con su precioso obsequio.

Ya de madrugada, fui sacudida y despertada por un tropel de cabalgaduras que pasaban.

Eran ellos; los tres Reyes Magos que volvían de la tierra con su numeroso séquito.

En dos saltos los alcancé.

—Rey Gaspar! Rey Gaspar, aquí estoy. Dime: ¿me trajiste mi regalo?

—Sí, querida niña; ahí lo tienes.

Y su mano me mostró un límpido lucero que avanzaba hacia mí, inundándome el alma con su dulcísimo esplendor. Era la estrellita de Belén!

Sin poderme contener, caí de rodillas para darle gracias al buen Rey por aquella exacta interpretación que había dado a mi solicitud.... ¿Hay, acaso, madrecita mía, nada tan igual a tu mirada, como el suave y límpido fulgor de este lucero que guió a los tres Reyes Magos hasta el humilde pesebre donde nació el Divino Jesús?

—¿Quién eres tú?

—Quién soy!.... Pues la hija muy querida de mi mamacita, que es la dueña de esta casa.

Y tus flores, creyéndome quizá loca, reirán alborozadas.

Pero, como yo estaré tan contenta, no haré caso de sus risas ni de lo que piensen de mí; sino que les daré la espalda y me iré a curiosear por tus aposentos.

Entraré en tu alcoba, me miraré en el cristal de tu tocador, acariciaré tus peines, tus ganchos de cabeza, tu perfumador, la mota de tus polvos, la cinta con que te sujetas los cabellos..... Después, iré a tu armario, registraré tus ropas, aspiraré el aroma tuyo que se desprende de tu kimono, de tus camisas, de tus guantes..... Por último, me echaré en tu cama y arrebujada en sus sábanas, te esperaré.

Y cuando te sienta llegar.....

¡Oh, cuando tú llegues!....



MI PRIMERA VISITA

No obstante las mil maravillas estelares escalonadas entre el cielo y la tierra, que mi bondadoso Angel de la Guarda se complacía en señalarme, madrecita, mi viaje hasta tu casa lo hice en un solo vuelo, sin reparar en tales maravillas.

Verte, verte cuanto antes, era mi anhelo incesante, mi único afán.

No estabas allí cuando llegué; pero mi espera fue sólo de minutos. Oí tus pasos y corrí a ocultarme tras la mampara de tu saloncito de recibo, para sorprenderte con un grito, y que tú fingieras, como en otro tiempo, haberte asustado.

Tontuela de mi! No me había dado cuenta de que mi voz, absolutamente extrahu-



ENTRE FLORES

Hoy, aniversario de mi muerte, previendo que había de encontrarte junto a la tumba que guarda mis restos mortales, encaminé mis pasos al cementerio.

En efecto, allí estabas, madrecita mía. Cuando llegué, ya tú habías depositado sobre el duro mármol que ostenta mi nombre, tu ofrenda de flores, colmadas de besos y humedecidas por tus lágrimas.

El dolor tenía ceñida tu cabeza con la aureola del martirio, lo que daba a tu semblante un suave esplendor de santidad. Inmóvil como estabas, doblegada la frente, y las manos en cruz sobre el pecho, a la distancia se te habría tomado por una imagen fiel

de la afligida María de Nazaret, en vela ante el sepulcro de su Divino Hijo.

Y cuando tu pesar parecía más profundo, súbito, desde el ramaje de un árbol vecino, rompió una alondra a cantar y pobló de melodías el silencioso ambiente que te rodeaba. Alzaste, entonces, la cabeza y entregaste tu espíritu a los dulces trinos de la avecita, pensando, quizá, que en aquellas notas cristalinas había vibraciones de mi propia voz.

Y así era en verdad: por una de esas milagrosas transformaciones que el buen Dios me permite a veces, cuando bajo a la tierra, mi alma había penetrado en el pecho de la ingenua cantora para revelarle a tu sangrante corazón, con la dulzura de aquellas melodías, la bienaventuranza que yo gozo en la celeste mansión.

Y bajo la influencia del dulcísimo canto, tu dolor fué adormeciéndose blandamente, blandamente, hasta convertirse en una tierna melancolía, llena de paz y consuelo, que no había de abandonarte más en todo el día.

Después, cuando urgida por el reclamo de tus afanes cotidianos, y ya completamente resignada y confortada, abandonaste el cementerio, allí me quedé yo, para gozar a solas de la delicada ofrenda de tus flores.

Hundí la frente en ellas, cerré los ojos y me di a soñar que su aroma era tu aliento; la suavidad de sus pétalos, tus manos maternas; y el tenue rumor de las frondas que acariciaba mi oído, el blando arrullo de tu voz cuando me mecías en tu regazo.

Madrecita mía: yo te siento en todas partes donde hallo armonía, suavidad, paz, amor, así en la tierra como en el cielo.

LA LIMOSNA LUMINOSA

Al rayar el alba, mi dulce madrecita iba camino de la Iglesia, cuando se le acercó un infeliz pordiosero, comido de llagas, para pedirle una limosna por el amor de Dios. Buscó ella en su cartera, y al no encontrar allí siquiera un óbolo que ofrecerle, fijó en él sus ojos cargados de la dulce gracia de su compasión, y esa fué su limosna única.

Y el inválido, al recibir aquella luminosa dádiva, hizo una reverencia, y se alejó sonriente y feliz, como si hubiera alcanzado el más preciado de los tesoros; porque en la mirada de la madrecita mía había hallado la expresión sincera y cariñosa de una hermana que se echa encima el infortunio de su hermano desvalido.

Si yo fuera una pordioserita huérfana, madre querida, me pondría en acecho de tu cartera vacía, para pedirte una limosna por el amor de Dios, y que tú, por único donativo, me concedieras la dulce gracia de tus ojos cargados de afligida compasión por mi desvalida orfandad.

¡Y qué contenta me sentiría yo entonces, aunque no tuviera pan en todo el día!



LA NUBE IMPORTUNA

Hoy, la cuesta que se tiende desde el cielo hasta tu casa, madrecita mía, se me hizo más retardada a causa de una espesa nube preñada de lluvia que se interpuso en mi camino, oscureciendo mi vía de estrellas.

Pero yo, al verla allí, parada sin echarse a un lado para darme paso, púsele mi carita bien seria, como cuando jugaba con mis compañeras de escuela y yo hacía de maestra regañona. Oh! cómo reías tú, entonces, al verme la frente adusta, los ojos en chispas y mis carrillos inflados exprofeso. ¿Te acuerdas, madrecita?

Pues bien; fué así como me le enfren-té a la importuna, sin temor alguno a sus

roncos truenos ni a sus relámpagos fulgurantes.

Y le dije:

—Abridme paso, señora Nube. ¿Acaso no veis mi prisa por llegar donde mi madre-cita?

Y ella, asustada quizá de mi fingida cólera, se apresuró a recoger su manto de sombras para franquearme mi camino de estrellas, diciéndome a la vez con acento halagador:

—Vaya con Dios la buena hijita, y que su presencia en el hogar sea la bendición del cielo.

Y aquí estoy, mamacita, con el saludo de mis besos en tu frente.



YO VIVO EN TU VOZ

Para llegar más pronto al salón donde tú, mi madre querida, debías lucir anoche la dulce gracia de tu voz llena de inefables armonías, me así a la cola de un cometa y me lancé a la tierra.

Mis alas tan suaves y pequeñas, son, a la vez, ágiles y expertas, por lo que mi arrojó no tuvo otra consecuencia que la de satisfacer, cuanto antes, mi anhelo de llegar a donde te encontrabas tú.

Madrecita mía; no te pongas orgullosa con esto que voy a decir, pues tú misma me enseñaste que el orgullo es uno de los siete pecados capitales; pero, escucha:

Allí, en aquel salón donde tantas ami-

gas tuyas hacían resaltar sus encantos naturales con el esplendor de la seda, los brocados y las joyas deslumbrantes, tú, a pesar de la sencillez de tu traje y la modestia de tu porte, fuiste la reina de la fiesta.

Esto, nadie lo notó al principio.

Mas, cuando llegó el turno de tu recitación y se oyó tu voz, fué como si por todos los ámbitos se esparciera el dulce encanto de una melodía enternecedora.

Cesaron las risas, los comentarios, el rumor de los murmullos, y a los ojos de la concurrencia se asomó el alma que cada uno lleva por dentro y que tú hacías brotar con el solo influjo de tu voz, convertida en un arpa divina, cuyas notas, a veces, eran una cascada de perlas bulliciosas, y otras veces, lágrimas. . . .

Nadie sabe por qué tu voz produce esa doble emoción de encantamiento. Nadie lo sabe; ni tú tampoco, madrecita.

Pero, yo lo sé, y te lo voy a decir, como si fuera un secretico al oído.

Tu voz es de tal modo, porque en ella



pones tu alma, y yo siempre estoy en esa alma tuya que vive de mis recuerdos.

Así, cuando ríes, es que ha asaltado a tu mente una de aquellas ocurrencias mías que a ti te causaban tantísimo alborozo.

Y cuando tu voz se empapa en lágrimas, es porque piensas que yo no estoy ya junto a tí.

En eso te equivocas, mi pobre mamacita. ¿Acaso no me sientes en el tibio rayito de sol que entra temprano en tu alcoba para abrirte los ojos? ¿Y en el ala de la brisa que refresca tu frente cuando el hocorno del mediodía la salpica de rocío? ¿Y en la rosada nube vespertina que a ti tanto te gusta contemplar desde tu balcón?

Y de noche, cuando tu alcoba se colma de sombras, ¿no me sientes llegar muy quedo a tu cama para decirte, como ahora: Que tengas muy dulce sueño, madre querida?



EL PREMIO

No se había apagado aún en los espacios celestiales el último eco armonioso de nuestros cánticos de adoración a la Divina Majestad, cuando la Bienaventurada Teresa de Jesús formuló esta pregunta:

—¿Cuál de las plegarias que acabáis de pronunciar, encierra la promesa más grata a los oídos de nuestro Padre y Señor? Quien la señale, alcanzará un premio esplendoroso que El mismo le otorgará.

“Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”; prorrumpió, vivaz, una de mis compañeras.

Y tras esa contestación, plena de con-

formidad cristiana, una tras otra, se fueron todas las opiniones.

Y yo también abrí los labios para unir la mía al concierto general.

Mas, súbito, en una ráfaga tan pura que yo tomé por tu propio aliento, madrequita, acudió a mi memoria la santidad de una de tus enseñanzas convertidas en oración.

Y entonces, con acento en que rebosaba mi fe inquebrantable en tus consejos, dije la más noble de tus lecciones:

“Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

Y el Padre Eterno, desde lo alto de su Trono, me otorgó una de sus más tiernas sonrisas, que bañó de luz mi pobrecita cabeza doblegada bajo el peso de los recuerdos que me venían de mi antiguo hogar.

Y fue así como yo me gané, gracias a ti, madrequita, el divino galardón.

Sí, gracias a ti. . . . Porque, aun en el cielo, tus santas enseñanzas siguen siendo mi norte y mi guía.



ENTRE TUS BRAZOS

El frío anoche era intenso, y al llegar a tu alcoba, mamacita, como en otro tiempo, me apelotoné en tu cama, bajo tus sábanas que guardaban ese olor tuyo, tan suave y delicado como el de una flor de los campos.

A poco llegaste tú, y de rodillas ante la imagen benévola y acogedora de nuestro Divino Jesús, te prosternaste en humilde oración.

Tu frente, inclinada sobre el pecho, era como un pálido lirio que los afanes del día hubieran doblegado lánguidamente, sin marchitar su leve gracia.

Y tu plegaria, llena de unción y confor-

midad, ascendía al Señor, como el aroma de un incienso.

Mas, vino un instante en que tus ojos se enturbiaron de lágrimas; y fue tu aliento como un entrecortado sollozo, mientras mi nombre pasaba por tus labios.

Y entonces la mirada de Jesús se hizo una luminosa caricia y penetró en tu espíritu, llenándolo de resignación y consuelo.

Después: Sombra. Tranquilidad. Sueño....

Y en tu sueño repetías mi nombre, y me apretabas contra el pecho, sin saber tú, mamacita, que yo estaba entre tus brazos, y que, como en otro tiempo, aspiraba el olor de tu carne, tierna y pura como el de una flor de los campos.



LOS TRES RAPACES

Esta tarde, madrecita, para complacer mis recuerdos de colegiala, me dí a vagar por la risueña alameda que conduce a mi antigua escuela, cuando tropecé con tres rapazuelos entretenidos en arrojar piedras contra una inquietaavecilla, que en lo alto de un árbol se entregaba a la faena de dar comida a sus polluelos.

No sé si en otra ocasión ya te conté, que en veces el buen Dios me otorga la gracia de recobrar mis formas carnales, para que de ese modo pueda yo ejercer actos de su misericordia infinita. Y tal me fue concedido en aquel momento para impedir el desafuero de los tres enardecidos asaltantes. Me enfrenté a ellos y con la continuación sua-

ve y armoniosa, pero firme y convincente que tú empleabas al dirigirme tus amonestaciones, les dije:

—¡Alto ahí, amiguitos míos! ¿Cómo es posible que tres niños buenos y bien educados, como sois vosotros, os ensañéis así contra una pobrecita criatura de Dios que ningún daño os ha hecho?

—Y a ti, ¿qué te importa? me replicó el mayor de los tres.

—Pues, mucho que sí. Veamos: ¿Qué suponéis vosotros que en el hogar está haciendo ahora vuestra madre querida?

—De fijo, preparándonos la comida.

—¿Y os gustaría que alguien la hostilizara en sus quehaceres, dándole de pedradas?

—¡Libre Dios a quien osara intentarlo!

—Pues bién: he ahí precisamente lo que vosotros estáis haciendo contra esa madre-cita ocupada en dar de comer a sus pequeños.

Instantáneamente los tres rapaces dej



ron caer sus guijarros, y un tanto avergonzados y otro tanto sonreídos, se miraron entre sí, me dieron la espalda, y dispusieronse a marchar. Pero, antes de hacerlo, uno de ellos—precisamente aquél que momentos atrás se había enfrentado a mis amonestaciones—acercóse a mí y silenciosamente, con un gesto brusco que me dejó sorprendida, me tomó la mano y me la besó con solícita humildad. Tal como yo hacía contigo, madre-cita, cuando una de tus cariñosas reprensiones me obligaba a un pronto y tierno arrepentimiento por cualquiera de mis travesuras.

Después, los tres muchachos se alejaron bulliciosos y contentos.

Y yo también quedé contenta, muy contenta; por aquel beso que aún tengo en la mano, madre-cita, y que vengo a ofrecerte con el mismo regocijo íntimo que me animaba en otro tiempo, cuando te traía mis premios del colegio para llenar de esplendor tu gracioso semblante.



EL PAN NUESTRO

Aun en los momentos de mayor regocijo en los jardines del Paraíso, cómo me acuerdo, mamacita, de las horas en que yo vivía en la tierra bajo el dulce amparo de tu cariño!

Tus besos me despertaban con el amanecer:

—Arriba, perezosilla; es hora de levantarse y prepararse para la escuela.

Y como yo me hacía la remolona, tus brazos me alzaban, y allí mismo, en mi camita, me hacías poner de rodillas para decir mi oración matinal:

“Padre nuestro que está en los cielos”....

Pero, ahora, si estuviera ahí todavía, siempre al lado tuyo, yo diría así:

—El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy, y a cada niño dale una madrecita tierna y cariñosa como la mía.

Y Dios, que es muy bueno, me escucharía sonreído.



EL DIVINO MENSAJE

Sabiendo ya donde había de encontrarte, mamacita mía, no paré mi vuelo de esta mañana hasta el portal de la Iglesia que acostumbras visitar cada día.

Y allí te ví, en el apartado rincón que tienes escogido para rendirle tu adoración al Señor.

Entre otras cabezas, la tuya se destacaba con esa humilde inclinación que de lejos te hace aparecer como la afligida imagen de la Virgen de los Dolores.

Y en el momento solemne en que el sacerdote alzaba entre sus dedos la Santísima Copa, vi, de súbito, posarse en tu hombro un ave blanca que acarició con el soplo fu-

gaz de sus alas tu dulce semblante resignado.

¿Fué ilusión de mis ojos extasiados en tu santidad? ¡Quién sabe!

Mas, yo sigo creyendo que en aquel minuto, nuestro Padre Eterno, para premiar la santa conformidad de tu vida sin pecados, te envió su divino mensajero.

Sí, madrecita, fué al Espíritu Santo en forma de paloma, al que ví esta mañana bajar a tus hombros y traerte la bendición del Señor.



LA ELEGIDA DEL SEÑOR

Ayer tarde, en los Campos Elíseos, así que terminamos nuestra partida de tennis —en que las pelotas son luceros, y raquetas los más aligeros cometas,—mis compañeras se pusieron a formar diversos coros en torno a las Elegidas del Señor.

Y como yo, con la mente cautiva en tu recuerdo, madrecita, me diera a pensar en que también tu dulce semblante es el de una Bienaventurada, la amiguita más próxima, extrañada de mi actitud apartada y silenciosa, me preguntó:

—¿En qué piensas? ¿Por qué no entras en cualquiera de nuestros coros?

—No; le respondí, yo aguardo a mi macita para ser del suyo.

Y esta contestación tan sencilla, provocó la hilaridad de mis compañeras, por lo que me sentí lo más confusa.

Nuestro Padre Eterno intervino entonces, y con su palabra tierna dijo:

—En buena hora aguarde la hija cariñosa a su madre querida. En tanto, sea su coro el de mis ángeles.

Y aquí me hallo, al pie del Trono Omnipotente, esperando sin impaciencia a la que un día llegará al Reino de los Cielos para ser una de las Santas Elegidas del Señor.

Oh! qué contenta estoy!



EN LA ESCUELA

En la mañana de hoy, madrecita, sentí un ansia muy viva de oír las lecciones que tú das a las niñas de tu curso.

Y paso a paso contigo, sin que me vieras, me fui a tu escuela.

¡Oh, con cuánta satisfacción escuché el alborozado saludo que tus discípulas te dirigieron cuando apareciste en el aula de tu clase! Era como si cada una de ellas viera en ti a su propia madre.

Y el cariñoso saludo fue pagado con una de esas sonrisas de tu boca que es tan dulce como un panal de miel.

Y comenzó tu enseñanza, que decías con el mismo acento tierno y convincente que

empleabas conmigo cuando yo iba por la vida.

Después, terminada la clase, salieron del plantel tus discípulas, llevándose tu sonrisa de despedida.

Y ya, camino del hogar, cada una de ellas creía llevar consigo un blanco terrón de azúcar.

Que así son tus sonrisas, mamacita.



DULCE ANCIANIDAD

Anoche, madre querida, mi vuelo hasta tus balcones lo hice en un tenue rayo de luna, del que me despedí de este modo:

—Un millón de gracias, mi amable conductor.

Pero el rayito lunar no se fue; sino que entró conmigo en tu alcoba; y así que yo te hube besado en la frente, a su vez, trepó a tu almohada y posó sus dos alas en tu cabeza, recogíendose en sí mismo con intensidad tan espesa, que por un momento me pareció que tus cabellos se habían convertido en un luminoso haz de plata, haciéndote aparecer más bondadosa, transparente y bella.

Y un regocijo muy tierno invadió mi espíritu, porque descubrí que en tí los años, lejos de causarle ningun perjuicio a tu querido semblante, lo revestirán de esa dulce gracia atrayente que es el reflejo de un alma exenta de pecados y consagrada siempre a las santas prácticas de la Ley de Dios.

¡Oh, qué hermosos años serán los de tu ancianidad, madre mía!



JUNTAS PARA SIEMPRE

Cuando el Señor se digne llamarte a su Reino, mamacita, yo iré en tu busca.

No importa que ya tu cuerpo esté sumido en el letargo que precede al vuelo de las almas; al llegar yo, tu corazón recobrará por un instante sus latidos, tus ojos se abrirán para mirarme, tus labios para murmurar mi nombre, tus brazos para recibirme en tu seno.... Y tus amigas, asombradas, se apresurarán a proclamar el milagro de tu resurrección.

Pero, no!.... Volverás a dormirte suavemente, muy suavemente, como se duermen para siempre los justos en la tierra.... Y juntas tu alma y la mía, emprenderán su

ascensión al través de las luminosas regiones estelares.

La tuya irá de asombro en asombro, de maravilla en maravilla, de un regocijo tierno a otro esplendente; por lo que tus preguntas se harán ávidas e incesantes:

—¿Qué avenida es ésta que atravesamos, empedrada de zafiros titilantes?

—La Vía Láctea.

—¿Y aquel castillo de oro encendido, en cuyos balcones una doncella blonda y fresca pronuncia su adoración matinal?

—El palacio de la Aurora.

—¿Y ese otro que relumbra entre sombras con un límpido fulgor de perlas?

—El Alcázar de la Luna.

—¿Y quién este feroz arquero de flechas diamantinas que avanza impertérrito hacia nosotras?

—Oh! no le temas, madrecita, es el buen Sagitario.

Y así será por todo el camino.



Al llegar a las puertas celestiales, un coro de mis compañeritas nos rodeará con cándido alborozo. Y en medio de ellas, iremos a la presencia del Padre Eterno, quien, con blanda sonrisa y en premio a la santa resignación que mostraste en tu vida de afanes, dolores y tristezas, te señalará tu puesto entre sus Elegidas.

Y al lado tuyo, ya para siempre al lado tuyo, tu hija querida.

Y tu voz y la suya, como un solo acento, cantarán las alabanzas del Señor:

“Santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, Amén”.

FIN

INDICE

	Pág.
Se llamaba Belkís	7
Cumplida ha sido	9
El Pecado Inocente..	11
Yo quisiera ser	15
El Día de Reyes....	17
En Víspera del gran día	21
Mi Primera Visita	23
Entre Flores	25
La Limosna Luminosa	29
La Nube Importuna	31
Yo Vivo en tu voz	33
El Premio	37
Entre tus brazos	39
Los tres Rapaces	41
El Pan Nuestro	45
El Divino Mensaje	47
La Elegida del Señor	49
En la Escuela	51
Dulce ancianidad	53
Juntas para siempre	55

